

Convivencia posesiva

[en] Possessive Coexistence

Resulta difícil encontrar el centro de gravedad de la pesadumbre humana. O sea, hallar el origen de las dolencias de nuestros tiempos públicos. Estamos en un tiempo en el que nos ha arrollado un daño enfermizo que envuelve todo el planeta. Una situación completamente nueva y mundialmente amenazante. La pandemia del coronavirus es preocupación del pensamiento mundial. En la vida pública, las ideologías están arruinadas y han cedido el paso a tormentas de explicaciones impostadas e insistentes que no arreglan la vaciedad de la teoría política. Los líderes más activos, y en general los ciudadanos más motivados para entrar en liza, vienen a ser gestores narcisistas del yo que se entrenan con insistencia para la *okupación*.

Poseer, en el sentido etimológico del latín *possedere*, conseguir un objeto público sentándose en él (con un “¡mío, mío!” infantil), es desde la infancia una acción básica de la vida.

La acción pública se siente en nuestros días como una amenaza perenne que nos asusta sin parar. Un temor disolvente y perverso que solo se puede afrontar con una lucha cuerpo a cuerpo; como la que tan definitivamente pinta Francisco de Goya (1746-1828) en su cuadro “Duelo a garrotazos”.

El siglo veintiuno ha traído un ámbito en el que las fronteras se difuminan y las identidades se tambalean o estallan en pedazos. Son acontecimientos inéditos para la vida pública. Las guerras siguen con su efervescencia y contando ahora con habitantes modernos a quienes sus pensadores han convertido en *ciudadanos del mundo*. Los individuos se preguntan a dónde pertenecen, cómo es que se les ha encasillado en una cierta clasificación y quién es el responsable del malestar que sienten por no saber bien no solo quiénes son, sino incluso qué son. El origen por nacimiento y crianza, su cultivo tan confuso, les deja a la intemperie en medio de una sociedad que el psicoanalista Erik H. Erickson (1902-1994) calificaba en 1980 de “jungla social de la existencia humana”¹.

La piedad de los líderes

La identidad de los individuos está hoy en el corazón de la pugna social. Sorprende la fuerza con la que se vienen desarraigando las religiones, casi más por descomposición propia que por el triunfo corrosivo del descreimiento romántico. Un ateísmo que, por cierto, los jóvenes ya lo dan por amortizado, dejan de lado o dan por supuesto de forma masiva y automática.

Pero eso no suaviza el vacío esquizoide de la conciencia política. La fortaleza de las ideologías ahora se alimenta de su habilidad para conseguir y acumular los dos objetos supremos de la vida: el dinero y la *mandonería*. Lo que nos hace caer en la cuenta de que no han cambiado tanto las cosas y nos aboca a una nueva conclusión dialéctica: todo en el fondo sigue igual.

La brutalidad de la transgresión dialéctica en el mundo moderno ha hecho que se levante un vendaval de esterilidad, reforzado siempre por el tirón extremo de la muerte inevitable. Esta fuerza desoladora afecta ya a todo, incluyendo nuestro planeta común. Una muerte sin salida pues no acaba en ningún tiempo futuro, ni tiene continuidad: solo traerá la extinción irreversible. En ese panorama nos acabamos todos, nuestros hijos, nuestro escenario y nuestros proyectos creativos; ilusiones vitales incluidas. El problema de nuestros virus quizá no se vaya con el tiempo, ni con las vacunas. Ya solo nos queda recurrir en falso a la escapada omnipotente de un ser humano que *viaja sin parar de un lado a otro*, sentenciado junto con todo su mundo a la desaparición.

En vez de jugar con la vida y la muerte, con el triunfo y la derrota, hoy se mantiene la fantasía omnipotente con bancos y ejércitos. Con superhéroes incluidos y líderes moralmente monstruosos, a quienes se intenta evitar esquivando sus ataques. Es decir, mediante el ejercicio de la piedad, como ejercita magistralmente *pious* Eneas en la maravillosa *Eneida*. La piedad, entendida en esta acepción política, es una pieza clave para comprender la entraña del poder y de la violencia mortal de los tiempos. Se trata de conocer, estudiar o espiar a fondo a los dioses, a los jefes en general, para evitar que nos destruyan, para manejar nuestra situación manipulándoles a ellos en la práctica,

¹ Erik H. Erickson, *Identity, and the Life Cycle*, New York, W. W. Norton, 1980 p. 95. Citado en Enric Novella, *El discurso psicopatológico de la modernidad. Ensayos de historia de la psiquiatría*, Catarata, Madrid, 2018, p. 132.

como hace ejemplarmente Eneas. Si seguimos los pasos de los partidos políticos y de los administradores públicos, veremos en seguida que, en su versión burda y chabacana de adulación y traición, esta manera de hacer las cosas está muy vigente.

La incapacidad de la ciencia para explicar el desgobierno de los individuos con aspiraciones políticas —por pequeñas que sean— nos obliga a prescindir de los bloques étnicos, nacionales o incluso raciales. Cada vez se acepta menos recurrir a nuestra raza, lugar de origen geográfico, familia o a la pertenencia a asociaciones de pesada aglutinación y adherencia psicológica. Nos falta orientación para definirnos como ciudadanos activos, motivados por objetivos que sean intelectualmente, o al menos razonablemente, justificados. Comienza a ser muy difícil transfundirnos convicciones de unos a otros, bien sea en el tiempo o en el espacio. Las grietas generacionales son hoy determinantes en el mercado, bien sea político o económico.

Las personas más ambiciosas, que usualmente hablan más alto, se organizan para producir esos *gestores del poder* que, con su honestidad y justicia, nos garanticen la salud de las instituciones públicas. Pero esto no es tan sencillo como parece. Pronto se muestra ante sus ojos “la inveterada tendencia de los locos a la ocultación y la negación de los síntomas”². Como ocurre con la investigación psiquiátrica, las respuestas falsas o contradictorias se hacen cada vez más frecuentes y se hace evidente que eso mismo lo vamos a encontrar en la indagación de los sociómetros respecto de comportamientos dañinos o delictivos. Para corregir esas patologías mentales, se precisan nuevas prácticas en psicopatología y toda la medicina mental disponible.

Pues algo parecido se está moviendo en la teoría política. En ambos casos se cultivarán estrategias y líneas de investigación que busquen internarse en la subjetividad de los pacientes, en los líderes desviados. Encontrar las causas del mal con endoscopias que busquen, de manera un tanto invasiva, los fenómenos de la corrupción y la locura.

Nuevos avances de la ciencia dialéctica, con hitos como la invención de la depresión, los estados fronterizos, la mente escindida de la esquizofrenia, por un lado; o la melancolía y las identidades inestables por otro; a pesar de lo concomitante de sus conceptos con los intereses de la ciencia pública, exponen claramente lo entremezclado de la psiquiatría y la teoría política. Y no porque lo deba estar. Se trata de un autoengaño que requiere una reflexión, un pararse a pensar en la manera de comprender nuestras vidas.

Javier Roiz

² Novella, *El discurso psicopatológico de la modernidad*, p. 53.